

REVUE DES



Mijaíl Lérmontov

UN HÉROE DE NUESTRO TIEMPO

TRADUCCIÓN

VALERIA KORZENIEWSKI

DEDALUS 

Lérmontov, Mijail Iúrievich

Un héroe de nuestro tiempo, 1ª ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Dedalus, 2020.

224 p.; 18 x 12 cm.

(Clásicos revueltos / Shalom, Ariel; López Arriazu, Eugenio; Ignacio, Rodríguez; 1)

Traducción: Valeria Korzeniewski.

ISBN 978-987-3744-44-0

I. Literatura Clásica Rusa.

I. Korzeniewski, Valeria, trad.

II. Título.

CDD 891.73

The publication was effected under the auspices of the Mikhail Prokhorov Foundation
TRANSCRIPT Programme to Support Translations of Russian Literature



Título original: *Guerói náshego vrémeni*

© de la traducción: Valeria Korzeniewski

1ª edición en español: marzo de 2020

© 2020 Dedalus Editores

Paraguay 3034, 3ºD, Buenos Aires, Argentina.

info@dedaluseditores.com.ar, dedalus.editores@gmail.com

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección e ilustración: Alejandro Crudele

Maquetación: Ariel Shalom

ISBN 978-987-3744-44-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

**UN HÉROE DE
NUESTRO TIEMPO**



Prólogo

En cada libro el prólogo es lo primero y lo último a la vez: o bien sirve de explicación del propósito de la obra, o bien de justificativo y respuesta a la crítica. Pero, por lo general, a los lectores les tienen sin cuidado el propósito moral y los ataques de las revistas, y es por eso que no leen los prólogos. Y es una pena que así sea, sobre todo en nuestro país. Nuestro público es aún tan joven e ingenuo que no entiende la fábula si al final no encuentra una moraleja. No capta la broma, no siente la ironía; simplemente, está mal educado. Aún no sabe que en una sociedad decente y en un libro decente el imperio directo no puede tener lugar; que la cultura actual inventó un arma más filosa, casi invisible y sin embargo letal, que, bajo el disfraz de la lisonja, asesta un golpe certero e ineludible. Nuestro público se parece a un provinciano que, al oír la conversación entre dos diplomáticos pertenecientes a cortes enemigas, se queda con la seguridad de que cada uno engaña a su gobierno en aras de una mutua y tierna amistad.

Este libro no hace mucho padeció la desafortunada credulidad de algunos lectores y hasta de revistas que tomaron el texto en sentido literal. Algunos se ofendieron terriblemente, y muy en serio, por que les hubieran puesto de ejemplo a un hombre tan inmoral como el Héroe de Nuestro Tiempo; otros, en cambio, notaron con mucha perspicacia que el artista se había retratado a sí mismo y a sus conocidos... ¡Vieja y lamentable broma! Pero, al parecer, Rusia está hecha de esta manera: todo en ella se renueva, excepto por tales disparates. ¡Ni la más fabulosa de las fábulas pueda acaso eludir el reproche de ofender a algunas personas!

El Héroe de Nuestro Tiempo, mis muy queridos señores, de hecho sí es un retrato, pero no de un hombre: es un retrato compuesto de los vicios de toda nuestra generación, en su pleno desarrollo. Ustedes van a volver a decirme que un hombre no puede ser tan malo, y yo les digo que si creyeron en la posibilidad de existencia de todos los villanos trágicos y románticos, ¿por qué no van a creer en la existencia de Pechorin? Si admiraron creaciones mucho más terribles y horrorosas, ¿por qué ese carácter, incluso en tanto ficticio, no despierta su compasión? ¿No será acaso porque contiene más verdad de lo que quisieran?

Van a decirme que la moral no gana nada con esto. Disculpen. Le dieron a la gente demasiadas golosinas; y a causa de ello le arruinaron el estómago. Se necesitan remedios amargos, verdades agrias. No crean, sin embargo, que el autor de este libro haya tenido alguna vez la soberbia presunción de convertirse en corregidor de los vicios humanos. ¡Que

Dios lo libre de semejante ignorancia! Simplemente, le resultaba divertido retratar al hombre contemporáneo tal como lo entiende y con quien, para desgracia de ustedes, se topó demasiadas veces. Es suficiente con señalar la enfermedad; en cuanto a la cura, ¡solo Dios sabrá!



PRIMERA PARTE



I. Bela

Yo volvía de Tiflis. Todo el equipaje de mi carro consistía en una valija mediana que estaba llena casi por la mitad con apuntes de viaje sobre Georgia. La mayor parte, por suerte para ustedes, se perdió; en cambio, la valija con otras cosas, por suerte para mí, se conservó.

Ya el sol había empezado a ocultarse tras la cordillera nevada, cuando ingresamos al Valle de Koishaur. El cochero osetio¹ arreaba los caballos sin cesar, con el fin de alcanzar el monte Koishaur antes del anochecer, y cantaba canciones a voz en cuello. ¡Lindo lugar ese valle! Por todas partes, inexpugnables montañas, rocas rojizas, cubiertas de musgo verde y coronadas por montones de plátanos, barrancos amarillos, trazados de zanjas, y allá bien en lo alto el dorado fleco de las nieves, y el Aragvi debajo, fundido en un abrazo con otro río

¹ Grupo étnico que vive en Osetia (n.d.t.).

sin nombre, emerge con gran estrépito desde un desfiladero negro y colmado de oscuridad, fluye como un hilo de plata y resplandece como una serpiente con sus escamas.

Al llegar al pie del monte Koishaur nos detuvimos en una taberna. Ahí se apiñaban ruidosos unos veinte georgianos y montañeses; en las cercanías, una caravana de camellos se había instalado para pasar la noche. Yo tenía que alquilar unos bueyes para subir mi carro a ese maldito monte, porque estábamos ya en otoño y había hielo en los caminos, y ese monte tiene alrededor de dos verstas² por lado.

No había nada que hacer: alquilé seis bueyes y contraté a unos cuantos osetios. Uno de ellos se cargó mi valija a las espaldas; los otros ayudaban a los bueyes tan solo con gritos.

Detrás de mi carro, cuatro bueyes arrastraban otro como si nada, a pesar de que se encontraba cargado hasta el tope. Eso me sorprendió. Su dueño iba detrás, fumando una pequeña pipa cabardina labrada en plata. Llevaba una levita de oficial sin charreteras y un gorro circasiano³ de piel. Aparentaba unos cincuenta años; su tez morena dejaba en evidencia que ya hacía rato estaba familiarizado con el sol del Cáucaso; sus bigotes, prematuramente canosos, no concordaban con la firmeza de su andar y su aspecto despabilado. Me acerqué y le hice una reverencia; me respondió en silencio con otra y lanzó una gran nube de humo.

—¿Parece que somos compañeros de ruta?

² Antigua unidad de medida rusa. Una versta equivale a 1066,8 metros (n.d.t.).

³ Relativo a los circasianos, grupo étnico del noroeste del Cáucaso (n.d.t.).

Volvió a asentir en silencio.

—Seguro que viaja usted a Stávropol.

—Así es, señor... con bienes públicos.

—Dígame una cosa, ¿por qué a su carro, tan pesado, lo empujan cuatro bueyes como si nada, y al mío, vacío, a duras penas lo mueven seis bestias con la ayuda de estos osetios?

Sonrió con picardía y me dirigió una mirada expresiva.

—Usted, seguramente, hace poco que está en el Cáucaso.

—Alrededor de un año —respondí.

Volvió a sonreír.

—¿Qué hay?

—No, nada. ¡Estos asiáticos son terribles bichos! ¿Se piensa que están ayudando con esos gritos? Quién diablos sabe lo que estarán gritando. Los bueyes sí entienden; ni que ponga veinte bestias, si les gritan de esa manera, no se mueven de ahí... ¡Muy pícaros! ¿Y qué se le va a hacer? Les gusta sacar plata a los viajeros... ¡Están muy malcriados estos delincuentes! Ya va a ver que hasta le sacan para el vodka. ¡Si los conoceré yo, a mí no me engañan!

—¿Y usted hace mucho que sirve acá?

—Sí, desde los tiempos de Alexéi Petróvich⁴ —me respondió, enderezándose—. Cuando él llegó al frente yo era corneta —agregó—, y con él ascendí dos grados en las campañas contra los montañeses.

—Y ahora usted es...

⁴ Yermólov (n.d.a.): Alexéi Petróvich Yermólov fue un célebre general del Imperio ruso en el siglo XIX; participó de acciones militares en el Cáucaso (n.d.t.).

—Ahora estoy en el tercer batallón de frontera. ¿Y usted, si puedo atreverme a preguntar?

Le respondí.

La conversación terminó ahí y seguimos andando uno al lado del otro en silencio. En la cima de la montaña había nieve. El sol se había puesto y la noche le siguió al día sin intervalo, como es habitual en el sur; pero gracias al resplandor de la nieve podíamos distinguir sin dificultad el camino, que continuaba en ascenso, aunque ya no tan empinado. Ordené poner mi valija en el carro, sustituir bueyes por caballos y, por última vez, miré hacia atrás, al valle; pero una espesa niebla, que había irrumpido desde los desfiladeros, lo había cubierto por completo, y ya no llegaba a nuestros oídos ni un solo sonido desde allí. Los ruidosos osetios me rodearon y me reclamaron para el vodka, pero el capitán de campaña les gritó con tanta severidad que se dispersaron en un instante.

—¡Qué gente esta! —dijo—. No saben ni decir “pan” en ruso, pero se aprendieron el “Oficial, ¡dame para el vodka!”. Para mí, los tártaros son mejores: por lo menos, no toman...

Quedaba aproximadamente una versta hasta el parador. Había mucho silencio, tanto que era posible seguir a un mosquito por su zumbido. A la izquierda un profundo desfiladero se hundía en penumbras; detrás de este, y delante de nosotros, cumbres montañosas de color azul oscuro, surcadas de grietas y cubiertas por capas de nieve, se dibujaban en el pálido firmamento, que aún conservaba el último resplandor del crepúsculo. Las estrellas fueron apareciendo en el cielo oscuro, y es extraño, pero me pareció que era mucho más alto que en el

norte. A ambos lados del camino resaltaban unas rocas negras y desnudas; por aquí y por allá se asomaban en medio de la nieve algunos arbustos, pero ni una sola hoja seca se movía, y daba alegría oír en medio de ese sueño muerto de la naturaleza el bufido de la cansada troika de posta y el intermitente tintinear de la campanita rusa.

—¡Mañana va a ser un lindo día! —dije.

El capitán de campaña no respondió una palabra y con el dedo me señaló un monte alto que se erigía justo ante nosotros.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Es el monte Gud.

—¿Y qué?

—Mire cómo está humeando.

Y era cierto: el Gud humeaba; por sus laderas se deslizaban ligeras hebras de nubes, y en la cima reposaba un nubarrón, tan negro que parecía una mancha en el cielo oscuro.

Habíamos divisado ya la estación de postas, los techos de las saklias⁵ linderas, y destellaban ante nosotros unas lucecitas de bienvenida, cuando se levantó un viento húmedo y frío, el desfiladero volvió a hacerse oír y se largó una llovizna. Apenas alcancé a ponerme la burka⁶ cuando empezó a nevar. Miré al capitán de campaña con devoción...

⁵ Vivienda en piedra de los habitantes del Cáucaso, preparada para la zona montañosa (n.d.t.).

⁶ Capote de fieltro sin mangas, prenda común del varón caucasiiano (n.d.t.).

—Vamos a tener que pernoctar acá —dijo con fastidio—, con semejante tormenta de nieve no se puede cruzar las montañas. ¿Hubo avalanchas en la Krestóvaia? —le preguntó al cochero.

—No, señor —respondió el cochero osetio—, pero hay muchísimo amenazando con caer.

Ante la falta de una habitación para los pasajeros en la estación, nos alojaron en una saklia llena de humo. Invité a mi compañero de ruta a tomar el té, ya que llevaba conmigo una pava de hierro forjado, mi único consuelo durante los viajes por el Cáucaso.

La saklia estaba pegada a la montaña: tres escalones mojadados y resbaladizos conducían a su puerta. Entré a tientas y me topé con una vaca (esa gente tiene establo en lugar de habitación de servicio). No sabía dónde meterme: por acá berreaban las ovejas, por allá gruñía un perro. Afortunadamente, en un rincón brilló una luz opaca y me ayudó a encontrar otra abertura semejante a una puerta. Entonces, se me presentó un cuadro de lo más entretenido: la amplia saklia, cuyo techo se apoyaba en dos postes ennegrecidos por el humo, estaba atestada de gente. En el medio crepitaba un fuegoito, armado en el suelo, y el humo, que el viento no dejaba salir por el orificio del techo, se condensaba alrededor como una espesa cortina, a tal punto que tardé en orientarme; junto al fuego había dos viejas, varios chicos y un georgiano flaco; todos harapientos. No había nada que hacer: nos acomodamos al fuego, encendimos las pipas y pronto nuestra pava silbó amigablemente.

—¡Pobre gente! —le dije al capitán de campaña, señalando a nuestros mugrientos anfitriones, que nos miraban callados, con una especie de estupor.

—¡Pueblo ignorantísimo! —respondió él—. ¿Puede creerlo? ¡No saben hacer nada, no tienen aptitudes para ningún tipo de educación! Por lo menos, nuestros cabardinos o chechenos⁷, aunque delincuentes y pobres, pelean hasta las últimas; en cambio estos no tienen la menor afición a las armas: a ninguno vas a verle un buen puñal. ¡Osetios de pura cepa!

—¿Estuvo mucho tiempo en Chechenia?

—Sí, diez años en una fortaleza con un batallón, cerca del Kámenni Brod, ¿la conoce?

—De oído.

—Ay, compadre, si nos habremos cansado de esos bandoleros; ahora, gracias a Dios, la cosa está más tranquila; pero te alejabas cien pasos de la muralla y ya en alguna parte había un demonio greñudo al acecho: apenas te dormís, no alcanzá a darte cuenta que ya tenés un lazo en el cuello o una bala en la nuca. ¡Pero son de lo mejor!

—¿Seguramente tuvo muchas aventuras? —dije, aguijoneado por la curiosidad.

—¡Cómo no tenerlas! Las tuve...

Y se puso a mordisquearse el bigote izquierdo, bajó la cabeza y se quedó pensativo. Yo tenía muchísimas ganas de sacarle alguna historia, un deseo muy propio de las personas

⁷ Grupos étnicos del norte del Cáucaso (n.d.t.).

que viajan y toman apuntes. Entretanto, el té estaba listo; saqué de la valija dos vasitos de viaje, serví y puse uno ante él. Sorbió un trago y dijo, como para sí mismo: “Sí, ¡las tuve!”. Esa exclamación me infundió grandes esperanzas. Sé que a los viejos caucasianos les encanta conversar y contar cosas; y son muy pocas las ocasiones que tienen para hacerlo: algunos pueden estar cinco años en algún rincón olvidado con su batallón sin que nadie les diga “buen día” (porque los subalternos dicen “le deseo buenos días”). Y temas de conversación sobran: gentes salvajes y curiosas a su alrededor, y ahí uno sin querer lamenta que tan pocos tomen notas.

—¿No desea agregarle ron? —le dije a mi interlocutor—. Tengo uno blanco de Tiflis; está haciendo frío.

—No, señor, le agradezco, no tomo.

—¿Por qué no?

—Porque no. Me hice una promesa. Cuando todavía era corneta, una vez tomamos un poco y hubo una alarma de noche: fuimos al frente un poco alegres y lo que tuvimos que escuchar de Alexéi Petróvich cuando se enteró, ¡por Dios, cómo se puso! Casi nos manda a juicio. Lo cierto es que a veces pasás todo un año sin ver a nadie, y si encima hay vodka, ¡estás perdido!

Al oír esto casi pierdo las esperanzas.

—Por ejemplo, los circasianos —continuó—, cuando se ponen a tomar bozá⁸ en un casamiento o un velorio, ensegui-

⁸ Bebida popular fermentada a base de trigo, traída a Rusia desde Asia durante la dominación tártara (n.d.t.).

da empieza la carnicería. Una vez casi no logro escapar, y eso que era huesped de un príncipe aliado.

—¿Cómo fue eso?

—Bueno —llenó su pipa, dio una chupada y empezó a contar—, vea, estaba por aquel entonces con un batallón en una fortaleza, que está cruzando el Térek⁹. Pronto van a ser cinco años de eso. Una vez, en otoño, llegó una diligencia con provisiones; venía en esa diligencia un oficial, un joven de unos veinticinco años. Se me apareció con el uniforme completo y me notificó que le habían dado la orden de quedarse conmigo en la fortaleza. Era tan delgadito, blanquito, y su uniforme era tan nuevito, que enseguida me di cuenta de que llevaba poco tiempo en el Cáucaso. “Seguro que a usted”, le dije, “lo trasladaron de Rusia” “Efectivamente, señor capitán de campaña”, contestó. Lo agarré de la mano y le dije: “Encantado, encantado. Se va a aburrir un poco... pero bueno, vamos a llevarnos bien. Ah, y llámeme solamente Maxim Maxímich y, por favor, no hace falta el uniforme completo; venga a verme siempre con la gorra puesta”. Le asignaron una vivienda y se instaló en la fortaleza.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunté a Maxim Maxímich.

—Se llamaba... Grigori Alexándrovich *Pechorin*. Era un buen muchacho, le aseguro; solo que un poco raro. Por ejemplo, un día lluvioso, fresco, él todo el día de caza, todos pasando frío, cansados, y él como si nada. Y otro día se queda en su habitación, viene una ráfaga de viento y ya dice que

⁹ Río del norte del Cáucaso (n.d.t.).

está resfriado; a veces, golpea un postigo, se pone pálido y se estremece, y eso que yo lo vi cara a cara con un jabalí; podía pasar que durante muchas horas no le sacabas una palabra, pero en cuanto se ponía a contar algo, te estallaba la panza de risa... Sí, señor, tenía grandes extravagancias y, evidentemente, era rico: ¡la de cosas caras que tenía!

—¿Vivió mucho tiempo con usted? —volví a preguntarle.

—Alrededor de un año. Pero lo bien que recuerdo ese año; si me habrá causado problemas, aunque yo no se lo reprocho. Porque hay personas así, que llevan escrito en la frente que van a pasarles muchas cosas extraordinarias.

—¿Extraordinarias? —exclamé con gesto de curiosidad y sirviéndole más té.

—Bueno, le voy a contar. A seis verstas de la fortaleza vivía un príncipe aliado. Su muchachito, de unos quince años, empezó a visitarnos seguido: todos los días, por una cosa o por otra. Y lo cierto es que con Grigori Alexándrovich lo malcriamos. Pero qué bravucón era, ducho para cualquier cosa: cazar el gorro al voleo, disparar con el fusil. Una cosa tenía de mala: le gustaba mucho la plata. Una vez, para divertirnos, Grigori Alexándrovich le prometió darle diez rublos si se robaba el mejor cabrito del establo de su padre; ¿y qué cree usted? La noche siguiente lo trajo de los cuernos. O pasaba que empezábamos a provocarlo, se le inyectaban los ojos en sangre y enseguida iba al puñal. “Ey, Azamat, vas a perder la cabeza”, le decía yo, “*yaman*¹⁰ para tu cabezota!”.

¹⁰ Voz turca que significa “malo”, “mal” (n.d.t.).

«Una vez viene el mismísimo príncipe viejo a invitarnos a un casamiento: entregaba en matrimonio a su hija mayor, y éramos kunaks¹¹ con él: imposible negarse, ¿sabe? Por más que fuera tártaro. Fuimos. En el aúl¹², una multitud de perros nos recibió con ladridos. Las mujeres, al vernos, se escondieron; las que logramos ver de cerca no eran precisamente bonitas. “Yo tenía una mejor idea de las circasianas”, me dijo Grigori Alexándrovich. “¡Espérese!”, le contesté, sonriéndole. Tenía algo en mente.

«En la saklia del príncipe se había reunido mucha gente. Los asiáticos, sabe, tienen la costumbre de invitar a los casamientos a cualquiera que se les cruce. Nos recibieron con todos los honores y nos hicieron pasar a la sala. Yo, sin embargo, no me olvidé de fijarme dónde habían atado nuestros caballos, sabe, en caso de algún imprevisto».

—¿Cómo festejan los casamientos? —le pregunté al capitán de campaña.

—Nada de otro mundo. Primero el mulá¹³ les lee algo del Corán; después los novios y sus familiares reciben regalos, comen y toman bozá; después empieza la dzhigitovka¹⁴, y siempre hay algún zaparrastroso y grasiento, arriba de algún caballito renco y enclenque, que hace payasadas y hace reír al distinguido público; después, cuando anochece, en la sala

¹¹ Voz turca que significa “amigo” (n.d.t.).

¹² Villa fortificada típica de las montañas del Cáucaso (n.d.t.).

¹³ Persona versada en el Corán (n.d.t.).

¹⁴ Competencia de jinetes (n.d.t.).

empieza lo que nosotros llamaríamos un baile. Algún viejito pobretón hace sonar la de tres cuerdas, me olvidé cómo se llama en su idioma...ah, sí, algo parecido a nuestra balalaika. Las chicas y los muchachos forman dos filas, una frente a la otra, aplauden y cantan. Entonces una mujer y un varón se ponen en el medio y empiezan a recitarse versos, lo que se les ocurra, y el resto acompaña en coro. Con Pechorin estábamos sentados en un lugar destacado; de pronto, se le acercó la hija menor del anfitrión, una muchacha de unos dieciséis años, y le cantó..., ¿cómo decirlo?, una especie de alabanza.

—¿Y qué le cantó, no recuerda?

—Algo así como: “Son esbeltos, decía, nuestros jóvenes dzhiguíts¹⁵ y sus casacas están bordadas de plata, pero el joven oficial ruso es más esbelto y sus galones son dorados. Es como un álamo entre ellos, pero no ha de crecer ni florecer en nuestro jardín”. Pechorin se levantó, le hizo una inclinación con una mano en la frente y la otra en el corazón y me pidió que le respondiera; conozco bien el idioma de ellos y le traduje su respuesta.

«Cuando ella se alejó, le susurré a Grigori Alexándrovich: “¿Y qué tal?” “¡Es un encanto!”, contestó. “¿Cómo se llama?” “Se llama Bela”, le dije.

«Y es cierto, era bonita: alta, esbelta, los ojos negros como los de una gacela de montaña, te llegaban directo al alma. Pechorin, pensativo, no le quitaba la vista de encima, y ella

¹⁵ En el Cáucaso, hace referencia a jinetes hábiles y valientes (n.d.t.).

con frecuencia también lo miraba a hurtadillas. Aunque Pechorin no era el único que contemplaba a la linda princesita: desde un rincón de la sala la miraban dos ojos fijos y encendidos. Me puse a observar con atención y reconocí a Kázbich, un viejo conocido. No se sabía si era aliado o rebelde, o ni una cosa ni la otra. Muchas sospechas recaían sobre él, aunque nunca lo habían pescado en ninguna travesura. Solía traernos ovejas a la fortaleza y las vendía barato, pero nunca regateaba: era darle lo que te pedía, no cedía ni que lo mataras. Decían que le gustaba andar por el Kuban¹⁶ con los abrekos¹⁷, y a decir verdad, tenía cara de bandido: era bajito, flaco, ancho en hombros... ¡Y qué ágil! ¡Ágil como un demonio! Tenía el beshmet¹⁸ siempre roto, lleno de remiendos y el puñal en plata. Y su caballo era famoso en toda la Kabardá: la verdad, era imposible imaginar un caballo mejor. No es casualidad que le tuvieran envidia todos los jinetes, y que tantas veces hubieran intentado robárselo, solo que sin éxito. Lo veo como si fuera ahora: negro como la brea, patas como cuerdas y ojos tan lindos como los de Bela; ¡y qué fuerza! Aunque cabalgaras cincuenta verstas. Y qué bien adiestrado: seguía a su amo como un perro, ¡hasta conocía su voz! Ni siquiera lo dejaba atado. ¡Un caballo bandolero!

¹⁶ Río de la región del Cáucaso norte (n.d.t.).

¹⁷ Término del Cáucaso norte, usado para describir a una persona que hacía un juramento de renuncia a los placeres y al temor en la batalla, juramento que podía durar cinco años. Durante ese período, un *abrek* abandonaba todo contacto con amigos y familiares (n.d.t.).

¹⁸ Sobretudo típico de los pueblos turcos, de cuello en V y mangas anchas (n.d.t.).